

COVID-19 COMO EXPERIENCIA DE LO IMPOSIBLE

ALFREDO MARCOS

1. INTRODUCCIÓN

La crisis de la Covid-19 nos deja una enseñanza en forma de reminiscencia. No aprendemos de ella nada nuevo, pero nos recuerda algo que supimos y olvidamos. Nos muestra con nueva luz varias verdades que nunca deberíamos haber obviado o subestimado. En lo epistemológico, nos recuerda que el futuro está abierto, que no podemos predecirlo y mucho menos controlarlo (sección 2). En lo político, nos recuerda que el Partido Comunista Chino es un riesgo letal que la humanidad no se puede permitir. Es decir, no puede ser que la segunda potencia mundial esté en manos de un solo centro de poder, ajeno a cualquier control democrático (sección 3). En lo antropológico, la crisis nos recuerda lo más elemental de la naturaleza humana, su fragilidad (sección 4). Finalmente, en lo ético, nos presenta de forma vívida la necesidad del cultivo de un carácter virtuoso (sección 5). Desarrollo en lo sucesivo estas ideas.

2. EPISTEMOLOGÍA Y FUTUROSCOPIA

Cuando ocurre algo que nadie imaginaba, resulta que muchos se lanzan a hacer predicciones para la pospandemia. De nuestros pensadores de guardia, Giorgio Agamben augura un terrible futuro policiaco de vigilancia total, mientras que Byung-Chul Han celebra —desde Alemania— que el autoritarismo oriental vaya a acabar con la privacidad. Para Slavoj Žižek está a punto de arribar un nuevo comunismo, dado que el virus ha puesto al aire las miserias del capitalismo (lo cual es una ocurrencia asombrosa, pues se refiere a un problema generado en China, el mayor recinto del planeta gobernado aún por un partido comunista). Después está el inevitable Yuval Harari, quien también se ha precipitado a predecir cómo será el mundo pospandémico, sin el crédito que le hubiese dado haber predicho la propia pandemia. Ante lo anterior, cabe señalar que la filosofía no se ocupa de predecir lo que será, sino de estudiar el ser y el deber ser.

Universidad de Valladolid, España. / amarcos@fyl.uva.es / www.fyl.uva.es/~wfilosof/web-Marcos/

Todavía no han sacado algunos la principal lección que la pandemia nos recuerda: lo único que sabemos del futuro es que no sabemos cómo será (ni siquiera si será). Podíamos haberlo aprendido de las tradiciones sapienciales: “Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes”, dice el refrán hebreo. También de la poesía de todos los tiempos. Por ejemplo, nuestro Jorge Guillén escribe: “Lo extraordinario: todo”. O bien de los textos filosóficos más sensatos. Con Hans Jonas: “Nosotros sabemos —y tal vez es lo único que sabemos— que la mayoría de las cosas serán distintas [...], que hemos de contar siempre con la novedad, pero que no sabemos calcularla” (1995, p. 200).

Ahora bien, tras la sacudida que nadie supo anticipar, muchos han retomado ya las gafas de ver el futuro y se han puesto a profetizar. Siguen suggestionados por el mismo trampantojo que puso ante nosotros la Modernidad, es decir, siguen pensando que hay que escrutar el futuro y sacar de ahí las indicaciones pertinentes para orientar nuestra acción. Sin embargo, mirar al futuro es una ocupación estéril, no se ve nada en realidad, aunque los grandes charlatanes de las ideologías quieran hacernos creer que ellos sí ven. No se ve nada porque el futuro no existe, hay que hacerlo como presente a cada momento. Si uno quiere aprender, ha de mirar las huellas del pasado, ha de rebuscar en lo actual. Ha de investigar qué es lo que nos está pasando y quiénes somos nosotros, estos curiosos seres a los que nos está pasando algo inesperado. Es eso lo que tenemos a la vista y nada más.

3. ¿QUÉ NOS ESTÁ PASANDO? LECCIONES POLÍTICAS

En el caso que nos ocupa, hay que investigar a fondo cuál ha sido el origen de un virus que está matando a tantas personas y que ha puesto en cuarentena a la entera familia humana. Queremos saber si se trata del resultado natural de una mutación o bien del producto de un laboratorio biotecnológico, o quizá de un accidente bio-militar. Hay que mirar a Wuhan (AA. VV., 2020), sí, pero aún no sabemos si a los mercados húmedos de los pobres o a los lujosos centros de investigación. No sabemos aún dónde está el descuido o el dolo, si en la cadena alimentaria o en la investigación salvaje. Ahora bien, de ambas cosas es responsable el Partido Comunista Chino, así que hay algo que sabemos ya: ese partido, que siempre ha sido un peligro para los ciudadanos chinos, es ahora, con mucho más dinero y mejor tecnología que nunca, pero con la misma determinación despiadadamente totalitaria de siempre, un peligro para toda la humanidad.

Bajo supervisión internacional hay que investigar el origen del virus y su incidencia real. Los datos que ofrece el Partido Comunista Chino no son fiables, y no lo son porque en ese país no hay oposición política que pueda controlar al gobierno, no hay prensa libre que pueda descubrir las noticias falsas, no hay sociedad civil que pueda reaccionar en las redes sociales y

en la calle, no hay una judicatura independiente que pueda perseguir el fraude político, no hay división de poderes. En los países democráticos, sabemos por experiencia lo proclives que son los políticos al disimulo de sus errores y a la propaganda; sabemos que sin controles algunos mentirían en su provecho cuanto hiciese falta, pues lo intentan aun en presencia de controles. Así pues, hemos de tomar por falso cualquier dato que se nos quiera vender desde un régimen ajeno a todo control. Si ese régimen, además, tiene en sus manos el inmenso poder económico y tecnológico de que dispone el Partido Comunista Chino, toda actitud de sospecha y de precaución será necesaria y probablemente insuficiente. La segunda potencia mundial no es una democracia con división de poderes, sino una tecno-dictadura extrema. Simplemente, la humanidad no puede permitirse este riesgo letal. Ya lo sabíamos, aunque resultaba cómodo obviarlo. Tras la pandemia ya nadie puede ignorar el peligro.

4. ¿QUÉ SOMOS? ¿QUIÉNES SOMOS? LA NATURALEZA HUMANA

La modernidad nos enseñó a orientar nuestra vida mirando hacia el futuro, pues se suponía que las ciencias lo predecían (incluso las ciencias sociales) y la tecnología lo controlaba. Ya sabemos que no es así. Entonces, ¿cómo podemos orientar nuestras vidas? Fijándonos en nuestra naturaleza, en lo que somos. De aquí hay que extraer la sabiduría. Respecto de lo que será, lo único que hemos de dar por sabido es nuestra ignorancia.

Experimentamos estos días lo que ni siquiera habíamos imaginado (Marcos, 2008). Sabemos ya que estas experiencias pueden darse y que nuestra preparación no puede venir de la predicción. Nuestra única fuente de orientación resulta de la fidelidad a nuestra propia naturaleza, del saber qué soy (naturaleza humana), quién soy (persona) y cuál es mi vocación (función, en términos de Aristóteles).

En nuestra naturaleza existen, de modo integrado, aspectos animales, sociales y espirituales, todos ellos distinguibles en la unidad irrepetible y concreta de cada persona (Marcos y Pérez, 2018). Debido a esta común naturaleza humana, somos seres vulnerables, dependientes y con aspiración a la autonomía personal. Ahora bien, la actual pandemia nos recuerda que la aspiración a la autonomía ha de verse contrapesada en todo momento por el reconocimiento de nuestra mutua dependencia. En estas condiciones de alarma, uno debe aspirar, quizá más que nunca, a mantenerse por sí mismo, a no resultar una carga para el resto, a liberar capacidad de asistencia. Además, nos percatamos como nunca del sentido que tiene esta autonomía: ha de orientarse precisamente hacia el cuidado de los demás, hacia la mitigación de la vulnerabilidad humana. Todo ello configura de un modo intenso y vívido una ética del cuidado mutuo. Cada paso que damos en los hogares de la cuarentena, en los heroicos trabajos que sostie-

nen las constantes basales de la sociedad, nos enseña que todos dependemos de todos, que formamos la gran familia humana; que hay grandeza en reconocer esta interrelación, así como en buscar la propia autonomía que de tanto puede servir a otros. Se nos impone como evidencia en estos momentos la importancia nunca bien ponderada de haber formado con antelación núcleos fuertes y estables de comunidad, redes de amigos, de conciudadanos, y, sobre todo, familias.

5. ¿QUÉ HACER? EL CULTIVO DE LAS VIRTUDES

También nos damos cuenta con luz nueva de la pléyade de virtudes que se requiere ahora para salir adelante. Hemos asumido que hay que contar con lo inesperado. Sólo el cultivo de un carácter conforme a la virtud nos prepara para aquello que no sabemos calcular, ni predecir, quizá ni imaginar. Tenemos normas y dictados de urgencia que llegan desde el poder político, desde nuestros no siempre ejemplares gobernantes (en España, por ejemplo, el gobierno ha supeditado la salud pública a sus intereses ideológicos). Pero las normas no bastan. El sentido del deber no moviliza. Los cálculos de utilidad no siempre son factibles y pocas veces resultan fiables. La vida misma nos enseña hoy que hemos de ir más allá y venir más acá de todo eso, que hay algo anterior y posterior a la norma, al deber o al cálculo; algo que es necesario y que, al mismo tiempo, no es formalmente exigible; algo que depende del carácter de las personas.

Esperamos que las cosas vayan a mejor —y la esperanza es ya una virtud digna de cultivo— pero sabemos que sólo será así en la medida en que emerjan otras virtudes, como el compromiso, la honradez, la fortaleza, la templanza, la prudencia, la humildad y la serenidad, la generosidad en el esfuerzo, la laboriosidad, la creatividad, el buen ánimo, la amabilidad, la puntualidad, el agradecimiento, la austeridad en el consumo y la moderación en líneas generales, la sinceridad, la tolerancia, la capacidad de sufrimiento, la alegría, la disciplina, la disposición de obediencia a la autoridad legítima y así sucesivamente hasta algo tan modesto, pero crucial, como son los buenos hábitos de higiene y limpieza. Se aprende todo ello con la práctica y con el ejemplo. Aprendemos todos cuando vemos a una enfermera que mantiene la paciencia tras veinticuatro horas de guardia o a un conductor que sacrifica la noche entera para garantizar el abastecimiento.

Ojalá esta desgracia universal resulte pronto memoria de tiempos convulsos felizmente superados, de tiempos que han dejado tras de sí una humanidad mejor y más sabia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA. VV. (2020), *Sopa de Wuhan*, disponible en:
https://drive.google.com/file/d/1tShaH2j5A_9n9cWl6mhxtaHiGsJSBo5k/view
- Jonas, H. (1995), *El principio de responsabilidad*, Barcelona: Herder.
- Marcos, A. (2008), *La experiencia de lo imposible*. Disponible en:
http://www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/textos/A_Marcos_Experiencia_de_lo_imposible_Mx_2008.pdf
- Marcos, A. y Pérez, M. (2018), *Meditación de la naturaleza humana*, Madrid: BAC.